

No soy un gángster, soy un promotor de lectura y otros textos

Luis Bernardo Yepes Osorio



No soy un gángster,
soy un promotor de lectura
y otros textos

Luis Bernardo Yepes Osorio

No soy un gángster,
soy un promotor de lectura

y otros textos

Departamento de Cultura y Bibliotecas ♦ Fomento de la Lectura ♦
Comfenalco Antioquia

027.4 Yepes Osorio, Luis Bernardo
Y47 No soy un gángster, soy un promotor de lectura, y otros textos. Luis Bernardo Yepes Osorio. Colombia. Comfenalco Antioquia, 2005. 61 p. (Colección Biblioteca Pública Vital, 3). ISBN 958-97284-6-4

- I. PROMOCIÓN DE LA LECTURA
- II. ANIMACIÓN A LA LECTURA
- III. BIBLIOTECAS PÚBLICAS

Comfenalco Antioquia
Departamento de Cultura y Bibliotecas
Colección Biblioteca Pública Vital, 3

© Luis Bernardo Yepes Osorio
© Comfenalco Antioquia
Primera edición : Medellín, 2005
Tiraje 1000 ejemplares
ISBN 958-97284-6-4

Material elaborado para la formación de educadores y bibliotecarios. Está permitida la reproducción total o parcial, siempre y cuando se cite la fuente.

Editor académico

Luis Bernardo Yepes Osorio

Diseño de cubierta

Carolina Bernal Camargo

Edición y diagramación

Edilda Muñoz C.

Fondo Editorial Comfenalco Antioquia

Carrera 50 N° 53-43 • Teléfono: 511 21 33 Ext. 137 • Medellín-Colombia
comfenal@supernet.com.co

Impresión

Todográficas Ltda. • 411 50 46 • Cra. 72 45E-128 • Medellín-Colombia

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia

Contenido

| | |
|---|-----------|
| No soy un gánster, soy un promotor de lectura----- | 9 |
| La animación a la lectura: un viejo invento----- | 29 |
| Promoción y animación a la lectura ----- | 31 |
| Formación del pescador ----- | 33 |
| La biblioteca: una red para atrapar lectores ----- | 34 |
| La selección, más que un anzuelo, una red----- | 36 |
| La animación a la lectura: un viejo invento ----- | 38 |
| Lectura silenciosa: paso obligado----- | 42 |
| Resultados de la pesca milagrosa----- | 45 |
| Urgencia de proyectos institucionales de promoción de la lectura ----- | 47 |
| Caldo de cultivo ----- | 47 |
| Cinco justificaciones más----- | 48 |
| ¿Qué es entonces un proyecto de promoción de la lectura?----- | 50 |
| Prioridad uno A ----- | 52 |
| Promoción y animación a la lectura: acciones para un proyecto ----- | 53 |
| Golondrinas sin primavera----- | 54 |
| Superar el individualismo----- | 55 |
| Un proyecto en relación con otros proyectos escolares----- | 57 |
| Antagonistas----- | 58 |
| Tres protagonistas----- | 58 |
| Apreciaciones para un final----- | 59 |

No soy un gánster, soy un promotor de lectura

Biografía

yo me llamo Santiago Velásques y tengo ocho años mi papá se llama
Raúl Velásques Valencia y mi mamá Claudia Marcela Yepes
y tengo un hermanito que se llama Raul Alejandro Velasques Yepes
mi papá trabaja en una escuela y mi mamá es vendedora
mi hermanito tiene 13 años
yo cumpla en mayo 12 y cuando sea grande quiero ser veterinario
vivo con mi papá mi mamá y mi hermanito
me gusta ir a piscina y jugar fútbol
mi hermanito estudia en el colegio militar
y mi color favorito es el verde y no me gusta la sopa de espinacas
y me gusta mucho la carne y estoy
en cuarto de primaria me gusta mucho estudiar
y nunca he perdido años el colegio donde yo estudio
se llama Alizardi Montoya Antes yo estudiaba en
el colegio integrado Sabaneta y mi tío trabaja
en Comfenalco

Biografía de Santiago Velásquez hecha como ejercicio escolar y descubierta por su madre. Entregada a mí por aparecer allí citado; eso le hizo gracia. La transcripción es textual.

No soy un gángster. No soy el ciberatleta del siglo XXI. No soy un poeta bendito. No soy el último suramericano virgen. No soy un soldado superviviente de ninguna tercera guerra mundial. No soy una estrella de Hollywood descubierta por un empresario mientras tomaba malteada en una calle de Manhatthan.

Soy un promotor de lectura descubierto por sí mismo una mañana a mediados de la década de los ochenta en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, cuando una bibliotecóloga leía el principio de la historia de un fulano, casi raquíto, que debía demostrarles a todos los superhéroes del cine, de la televisión y de los cómics que era capaz, primero que todos ellos, de llevarle una flor a una chica que se encontraba enferma en un hospital. En ese instante prodigioso tomé la determinación de hacerme lo que soy, bien o mal: un individuo en vías de aparición, que busca por medios placenteros la manera de que otros encuentren la felicidad en los instrumentos donde está consignada la palabra escrita y que hoy se llaman libros, como en el pasado se llamaron tabletas de arcilla, papiros y pergaminos, y en el futuro seguro llevarán otro nombre, el que ustedes, que hoy son bien jóvenes, deseen ponerles.

Ese día, a pesar de que meses atrás había fundado una biblioteca en el barrio, fue el que nació a conciencia para la promoción de la lectura, y han de saber que al igual que los escritores, las amantes de los presidentes, y Santiago, con sus ocho años de edad, los promotores de lectura también tenemos biografía. He aquí la mía.

Tuve todo para ser un gángster. Nací en uno de los barrios bajos de Medellín, en Colombia, un país que siempre está en guerra. Cuando por alguna eventualidad hay un asomo de paz, aparece el virtuoso que se inventa otra guerra. Total, nací en un país que soporta una cadena de guerras perpetuas. Reconozco que me encantaría estar en un lugar donde no las haya, pero imagino que debe ser tedioso ver morir a la gente sólo de vieja o de aburrimiento, porque de alguna cosa se tienen que morir.

Soy hijo de un padre ebanista amante de la lectura, que atrapaba en su telaraña de encanto a cuanto vendedor de libros pasaba por su lado. Con frecuencia me tocaba ver a un tipo cualquiera entrar al taller cargado con libros y luego verlo salir con una cama o el óvalo de un espejo bajo el brazo. Su mayor defecto fue que, después de separarse de mi madre, poco le importó lo que acaeciera con nosotros, sus cuatro hijos, pero lo que hizo le alcanzó para que yo lo amara hoy y siempre, le alcanzó para que yo jamás haya deseado tener un padre distinto al que me tocó por suerte.

Soy, además, hijo de una madre que fue educada para ser la eterna ama de casa con las que soñaban las abuelas en América del Sur, pero que le tocó aprender a servir tintos y limpiar pisos para que yo pudiera estar aquí, sentado frente a ustedes, hablándoles... Una madre que siempre creyó que yo sería capaz de ser un don alguien en la vida y que me llevó a los primeros cines y respondió con sinceridad mis primeras preguntas:

"Mami, ¿qué dice ahí en esa pared?"

"Muerte al fascismo, mijo"

"¿La m y la u es muer?"

"También la e y la r, mijo"

Estando aún niño, cuando despertaba en la mañana, observaba a mi padre leer el periódico y en el acto me pasaba a su cama para que me leyera, en voz alta, las tiras cómicas, en especial una y otra vez las aventuras de El Fantasma. Recuerdo que de vez en cuando le preguntaba por una frase o un improprio y él me señalaba el lugar de lo preguntado y continuaba leyendo sin intentar enseñarme nada, eso me encantaba, creo que me atrapaba en su telaraña y hacía que deseara aprender a leer, valerme por mí mismo. Aún hoy disfruto de aprender lo que quiero como reto, no como imposición.

En la medida que fui creciendo, mi madre jugó un papel protagónico en mi formación como lector. Rememoro hoy con nostalgia las tardes

que pasábamos juntos pegados a un radio escuchando a *Kalimán, el hombre increíble* y a *Arandú, el príncipe de la selva*, mientras mis hermanos construían autobuses imaginarios con sillas, lazos y tapas de tarros de galletas que encontraban en los rincones de la casa.

Un momento crucial fue cuando, casi sin percatarme, aprendí a leer. Fue como por arte de magia, no supe cómo, pero a los cinco años y medio era capaz de comprender lo que decían un montón de letras que tenía al frente. Ese fue el acontecimiento más importante de mi vida, ¡me hice libre! y pude completar las tardes de radio con lecturas de Corín Tellado, la fotonovela preferida de mi madre por aquella época. Recuerdo que alquilaba montones en la zapatería de un barrio al sur de Bogotá, donde viví con ella y mi padre, ya esporádico para ese entonces. Mientras ella lloraba con su historia y la de los protagonistas de las revistas, yo aprendía de celos e intrigas, la constante en esas historias.

Llegó el momento en que mi madre debió regresar a Medellín junto con sus cuatro hijos y dejar a mi padre con su nueva relación amorosa. Allí comenzaron una serie de penurias económicas que terminaron con la decisión de que los dos mayores debíamos retornar a la capital al lado de mi padre. En Medellín alcancé a forjar el carácter, y mi condición de estudiante precoz me llevó a cursar, qué ironía, tres años de la básica primaria precisamente en un lugar para estudiantes con problemas de retardo en el aprendizaje: una escuela especial.

La profesora Laura, directora de esa escuela, decidió que un niño como yo no se podía quedar en la calle debido al capricho de unos maestros de escuela "normales" que argumentaban que yo era demasiado chico para estar en el grado que por derecho me correspondía; eran otros tiempos. La verdad es que estaba de acuerdo con los profesores que decían eso, me parecía que tenían razón porque me encantaba la casa y odiaba la escuela, pero mi empecinada madre dio con una

maestra como la señorita Laura que pensaba exactamente lo contrario a esos profesores y yo.

Allí estudié tres años antes de volver a Bogotá. Tres años en los cuales tuve dos papeles en la película de la vida: para los amigos del barrio, era loco, y en efecto en las calles nos gritaban locos cuando pasábamos con nuestro uniforme: pantalón azul y camisa verde. Para los compañeros de la escuela era el superdotado, porque hacía todos los deberes con facilidad y las maestras me trataban con especial deferencia, me llamaban "el normal". Ahora que lo pienso, creo que esa era la escuela que necesitaba para afianzar mi proceso lector. Al tener ventaja sobre la mayoría de compañeros, hacía mis deberes mucho más pronto, y en esas ocasiones las profesoras me pedían que sacara una de las cartillas y me pusiera a leer, calladito, sin molestar. En ese instante surgía la verdadera felicidad, la que me permite hoy decir que donde quiera que esté, la perdono, señorita Laura.

En Bogotá me topé con el padre comprensivo de siempre, pero con el mismo problema del que venía huyendo: la pobreza. Lo encontré viviendo en el taller y lleno de hijos. Aún hoy me pregunto cómo hizo para tener tantos hijos en tan pocos años. Recuerdo que un día, cuando yo estaba inquieto con ese asunto de los hijos, se me ocurrió pensar que de seguro mi papá era un conejo y su pareja también, y que se convertían en humanos cuando mi hermano y yo aparecíamos.

En esos años de frío y pobreza perfeccioné dos cosas que amé durante mucho tiempo, de las cuales hoy sólo me apasiona una y le tengo un especial afecto a la otra: la lectura y el fútbol.

En un principio fue la lectura. Era mi refugio, me devoré toda la *Enciclopedia Salvat Mundo de los Niños*, en especial el tomo de cuentos y fábulas. Recuerdo que leía empecinadamente todas las mañanas en el patio del taller, acariciado por un tenue sol. Mi padre me pedía que me retirara de sus rayos o que por lo menos no dejara que estos baña-

ran la página porque, según él, mis ojos podrían sufrir algún daño. Luego se retiraba silencioso y ponía música clásica para amortiguar el ruido hecho por la cuchilla de la máquina que transformaba tablas en largueros de cama y óvalos para espejo.

En realidad, nunca supe si lo que buscaba era una historia para refugiarme, o el tibio sol que caía unas pocas horas en las frías mañanas bogotanas; lo cierto es que leía mucho a *Juan y la mata de habas*, lo repetía hasta el cansancio, me parecía posible tener una planta por la cual se pudiera escalar hasta el cielo y bajar con una fortuna entre talegos. En las noches imaginaba que me iba a suceder algo similar y que iba a llegar a Medellín como un héroe, me llevaría a mi madre a vivir a otro barrio. Viajaríamos cada tanto, me compraría un auto y saldría a visitar a todos los amigos, es más, los llevaría de paseo a pueblos, ciudades y países; tendría una biblioteca tan grande que nunca podría leer todos los libros que allí hubiera y me llevaría la mata de habas para cuando necesitara más dinero. Fantaseaba con todo eso y otros asuntos.

Más adelante vinieron nuevas lecturas. La curiosidad por leer un “libro grande de una sola historia”, como le decía a mi papá, me llevó a la lectura de *Miguel Strogoff*, de Julio Verne, la novela que hoy recuerdo como la que expulsó el tapón que tenía en la cabeza impidiéndome leer libros gruesos. Ésta relata la historia del hombre más valiente que hasta ese momento yo había conocido. Ni en las películas había visto un tipo tan estupendo y decidido. Desconocía de zares, de tártaros, de Siberia y de sublevación, sin embargo lo disfruté mucho. Cuando no entendía una palabra se la preguntaba a mi padre, pues él tenía en la cabeza un diccionario mucho más raro, veloz y preciso que los de la escuela. A veces pedía que me devolviera un poco para que le leyera la frase donde estaba la palabra de la que yo desconocía el significado, al instante refería el sentido y me encimaba ejemplos y discursos académicos hasta que le tenía que decir que estaba bien.

También leía en voz alta para los conejitos que encontré allá. Tuve que hacer el papel de niño porque, según mi padre, yo era el jefe de la manada y debía responder por el bienestar de todos en caso de una ausencia suya. Mi trabajo de niño consistía en llevar a los conejitos al parque, unos en un cochecito y otros tomados de la mano. Siempre metía un libro en el coche para leérselos cuando nos cansáramos de dar vueltas en la rueda o de balancearnos en los columpios. Las lecturas fueron pocas, eran unos niños un tanto extraños, disfrutaban más con los columpios que con las historias, aún hoy es así, le tienen pavor a la lectura. Eso me da mucho que pensar, porque los promotores de lectura con frecuencia decimos que con el ejemplo y muchos libros los niños se hacen lectores; pero parece que no siempre resulta, porque esos niños vivían entre montañas de libros y veían a mi padre todas las mañanas leer la prensa y todas las noches leer un libro. Quizá eso quiere decir que en algunas cosas, al igual que los gángsters, los promotores de lectura nos extraviados.

En la medida que crecía llegaron los amigos, llegó el fútbol y fue desplazando a la lectura. Entonces mi trabajo de niño se limitó al más grande de la manada gracias a que tenía dotes de guardameta. Con él, y la barra que organicé, jugaba pistoleros, soldado libertado y fútbol, mucho fútbol. Me convertí en el número diez más importante de cuantos equipos hubo en Chapinero, hasta que la edad de la inconformidad y la rebeldía me devoró. No me importó nada, el estudio se fue al carajo y mi padre no tuvo ni fuerzas ni dinero para impedir la debacle. Los coqueteos de las divisiones inferiores del club de fútbol Los Millonarios tampoco me importaron. La barra crecía y se incorporaban preadolescentes y adolescentes de otras ciudades de Colombia que llegaban a vivir a Chapinero, un barrio comercial en donde se jugaba al fútbol sobre los autos, y nos fuimos haciendo acróbatas e invencibles. Al paisa, ese era yo, no le interesaba nada en la vida; de pronto, lo que más le divertía era romper timbres en las casas de los

ricos. En ese entonces estaba seguro de que la vida era una... lo que ustedes están pensando. Ahí fue cuando emigré de todo, hasta de la lectura.

Como pueden ver, soy un ser humano normal y corriente, más corriente que normal y al igual que la mayoría de seres corrientes, en mi preadolescencia tuve un distanciamiento de la lectura que duró toda mi adolescencia, con interrupciones momentáneas para leer *El amor en los tiempos del cólera* y *Crónica de una muerte anunciada* de Gabriel García Márquez, *Auto de fe* de Elías Canetti y *El duelo* de Joseph Conrad, compradas por cuotas a un vendedor del Círculo de Lectores. Interrupciones seguramente hechas por la manía heredada de mi padre de comprarles libros a los vendedores, o como una forma de rebeldía contra la rebeldía que me carcomía, o como método para encontrar el trocito de cielo que me sacara de ese infierno y la manipulación de la cual me sentía víctima, sin serlo en verdad.

Ese periodo lo viví parte en Bogotá y el resto en Medellín, ciudad eterna a la que regresé después de tres años de convivencia con mi padre y apenas uno de estudio. El alumno precoz ya no lo era, ya ni siquiera era estudiante y apenas un lector esporádico, más con tendencia a analfabeta funcional que a lector consumado. Además estaba poseído por un odio a los adultos y una rabia con la vida.

Volví, a seguir viendo la pobreza de mi madre con una impotencia que jamás había sentido. Fueron días desesperanzadores en los cuales la mata de habas que pensaba trasladar a esta ciudad se había esfumado en el último sueño y sólo me quedaba el túnel de la incomprensión del que ignoraba si saldría con vida.

Por eso no soy un genio, ni un escritor, ni un científico, ni un trotamundos, ni nada extraordinario como para salir en el New York Times. Los promotores de lectura también decimos que únicamente los que van camino de la genialidad leen en la adolescencia; en este caso me

toca reconocer que no fui lector de adolescencia y sólo los grandes lectores podrán hablar de las historias que he perdido, yo respondo por la vida que he ganado.

Otra máxima de los promotores es que cuando una persona ha sido lectora en la niñez, a pesar de que se fugue de ésta en la adolescencia, regresa a ella en la edad madura o en el crepúsculo de la adolescencia, en el mejor de los casos. Eso es cierto, soy un testigo viviente y puedo dar fe de ello.

Anduve por ahí y tuve los trabajos que suele ofrecer el "bajo mundo". Aún en edad preadolescente trabajé en una chatarrería ubicada en una de las calles más peligrosas del barrio Guayaquil de Medellín; hoy sería incapaz de pisar sus calles a ciertas horas. Fui un chatarrero consentido, porque parecía de clase a pesar de ser de la misma clase de todos los que allí laboraban. La diferencia estaba en que para esos días había ingresado a un colegio nocturno a reiniciar mi secundaria estancada en segundo grado. Los días en una chatarrería son los más rutinarios y vulgares, pero en la nuestra el dueño y los empleados gozábamos del prestigio de ser los más decentes del gremio.

Lo que más recuerdo de mi paso por ese oficio son las horas del almuerzo. Mientras comía apresuradamente, los compañeros salían a comprar bebida para ellos y para mí. Cuando regresaban y se sentaban a consumir sus alimentos yo había acabado e iniciaba una lectura en voz alta de la cual no perdían quejido. Por mucho tiempo les leí en la revista *Vea* una sección donde se contaba por capítulos la historia de una madame que era dueña de un burdel y relataba, con pelos y sudores, todas las relaciones que tenía con hermanos, primos, tíos, amigos, novios, clientes y prostitutas que empleaba; los muchachos, agradecidos, disfrutaban esas lecturas y a todos se nos hacía menos tediosa la tarde y más livianos los bultos de hueso y los kilos de cobre que llevábamos a la balanza.

De la chatarrería vino el trabajo con huevos en un almacén distribuidor. Estaba terminando mi bachillerato y me encontraba satisfecho con ese empleo porque me permitía copiar en un papel y pegar en la pared fórmulas químicas y poemas que memorizaba mientras clasificaba los huevos por tipos. Los extras en una canastilla roja "estoy tan solo amor"...los tipo A en una amarilla "que a mi cuarto sólo sube..." los tipo B en la canastilla verde "peldaño tras peldaño..." los tipo C y toteados en una de cartón "la vieja escalera que traquea". Así surgía el poema *Días como agujas* de Juan Manuel Roca, y tantos otros que ahora apenas recuerdo. Así fue resurgiendo el lector que casi mata la adolescencia y yo casi ni lo percibí.

Recuerdo que en este mismo empleo, leí en el baño la mayor cantidad de páginas de *Cien años de soledad*, la novela de Gabriel García Márquez. Eso me trajo problemas.

La historia comienza un día en que un estudiante de leyes del sector nos habló de ese libro mágico. Sentí tal curiosidad que de inmediato se lo solicité en préstamo. En la hora de almuerzo, Fercho mi compañero y yo, leíamos de la siguiente forma: una cucharada de arroz a la boca y un trozo de lectura; un trozo de carne a la boca y una cucharada de lectura, ese era el ritmo y la jefe nos decía que poco nos iba a alimentar lo que comíamos hasta que, finalmente, aprendió ella a hacer lo mismo. En uno de esos rituales tomé el libro *Cien años de soledad* y quedé aprisionado en ese cable de alta tensión para siempre (aún hoy lo releo una vez cada dos años). Por esos días desatendí totalmente el trabajo. Cuando la jefe se descuidaba me ponía a leer. A veces me deslizaba debajo de una mesa simulando organizar un panel que ésta tenía y me ponía a leer ahí mismo, pero el refugio predilecto fue el baño. Un día ingresé más de diecisiete veces sin disimular siquiera. La jefe no se aguantó y me recordó para qué había sido contratado, me pidió que hiciera cada cosa en su debido momento y que por favor les prestara mayor atención a los clientes, pues ya había varias quejas, además la clasificación iba lenta y eso retrasaba los pedidos. De mala

gana mermé la lectura en ese lugar y la reforcé en el colegio y en la casa, a pesar de la cantaleta materna para que apagara la lámpara que supuestamente desvelaba a mis hermanos.

Pero como todo tiene su fin, llegué a la última página de un libro que logré leer en una época en la cual carecía de ritmo para la lectura y estaba poco interesado en tenerlo. Falta decir que mi jefe, siempre tan ociosa y copietas, pidió prestado el libro mágico y, medida con la misma vara, descuidó la caja registradora durante la semana de ensimismamiento en Úrsula Iguarán y los Arcadios Buendía y los Aurelianos Buendía y las mariposas amarillas y Mauricio Babilonia y Remedios la Bella. Entonces, sabiamente, Fercho y yo nos auto ascendimos al cargo de cajeros mientras esperábamos que ella llegara a la colita de marrano y la destrucción de Macondo.

Terminado mi bachillerato, estaba tranquilo; ninguna otra cosa me interesaba, esa es la verdad. Sólo quería tener dinero para ser alguien en la vida, para sacar a mis hermanos adelante con el propósito de que fueran importantes y nos respetaran en el barrio. Quería una casa donde cada uno tuviera su cuarto en un barrio donde la gente no se matara y donde los jóvenes fueran incapaces de drogarse. Quería un lugar donde pudiera llevar a mi novia sin sentir vergüenza, quería que se enamorara de mí no sólo por lo que era sino por lo que tuviera, eso me parecía sensual e importante y estaba convencido de que sin un salario sería totalmente infeliz como lo fui en el pasado, en cambio con un salario mínimo mi vida había cambiado, vestía mejor que muchos amigos y si aprendía el negocio de los huevos algún día me ascenderían a administrador y luego me haría propietario. ¿Para qué estudiar más con tres hermanos y una mamá necesitando de uno? En la actualidad sería fácil responder, "por eso, porque lo necesitan debe estudiar más", pero en esa época, en el crepúsculo de la adolescencia, una respuesta de esas características es casi imposible y si resulta uno se niega a creerla.

Ese era el panorama cuando terminé la secundaria. Pero, como en tantas ocasiones, emergió mi madre y como pudo me consiguió un formulario de inscripción a la Universidad de Antioquia, el centro educativo de educación superior más importante de la región y el que cualquier ciudadano, corriente como yo, sueña con pisar, y hasta los no corrientes, pienso yo.

¿Qué puede estudiar un muchacho con una hoja de vida de esas?
¿Sin vocación definida, sin habilidades para nada en especial, regular en matemáticas, pésimo en idiomas, un desastre en artes, un distraído para las manualidades, con tendencia a la introversión y cargando todo el resentimiento de la juventud sobre sus espaldas?

Aquel día de octubre, miré atentamente todas las carreras y recuerdo que ninguna me llamó la atención. Bueno, tal vez una me pareció que sobresalía entre las demás, se llamaba, aún se llama, bibliotecología. No sabía en qué consistía, en mi vida había visto un bibliotecólogo de carne y hueso, no tenía idea de cómo eran; de pronto lo sospechaba, por los personajes que atendían en las bibliotecas, pero siempre me habían dicho que ellos eran bibliotecarios. De todas maneras intuía que debía existir alguna relación entre ellos, y éstos, a su vez, eso sí lo sabía, tenían una estrecha relación con la lectura que era lo único que podía moverme cualquier fibra y llenarme de una ilusión profesional. Con esa inquietud fui esa noche a estudiar y le pregunté a Amparo por esa extraña carrera. Amparo era una compañera del colegio, lo sabía todo, era la más sabia y hermosa, a muchos hasta les enseñó a hacer el amor. Ella todo lo sabía, era casi perfecta, sabía de física, trigonometría y literatura como nadie, hablaba de libros que aún no habían sido escritos y de descubrimientos en que los científicos apenas estaban pensando. En la época de las máquinas de escribir ya ella tenía un computador y era la única que en clase podía opinar al respecto, en resumidas cuentas parecía una sabia de la edad media con la diferencia de que salía a discotecas y bailaba como suspendida en el aire. Con

su perfume nos embriagaba y era imposible, después de bailar con ella, negarse a besarla o impedir ser arrollado por su cuerpo imantado. Recuerdo muy bien que me dijo que la bibliotecología era interesante, que aquí casi nadie sabía nada de ella pero que un primo suyo pensaba trasladarse un tiempo a Medellín a estudiarla porque en la costa no la había y esa era la profesión que él deseaba ejercer en su ciudad. Me dijo que efectivamente tenía que ver con la lectura y con las bibliotecas, que básicamente quienes mandaban en las bibliotecas eran bibliotecólogos. Como también era algo profeta, me dijo además que si la estudiaba no conseguiría dinero, pues está claro que siempre será más importante un médico, un ingeniero o un abogado, pero que, a diferencia de ellos, llevaría una vida más agradable porque esa era una disciplina basada en las relaciones cordiales que se pudieran establecer con la gente.

Quedé pensativo, tanta sabiduría me abismaba. De todas maneras con esa información empecé a sentir cariño por esa desconocida, me gustaba por extraña, por original, por distinta. Me gustaba que yo fuera el único bibliotecólogo que existiera en miles de kilómetros cuadrados, sin embargo me desalentaba la idea de seguir siendo pobre.

Cuando tomé de nuevo el formulario olvidé el asunto del dinero y marqué Bibliotecología. Sentí una extraña alegría y por la noche, debajo de las cobijas y en voz extremadamente baja, recuerdo que repetía, bibliotecólogo... bibliotecólogo... bibliotecólogo... les presentamos el bibliotecólogo Luis Bernardo Yepes de la Universidad de Antioquia. Me sonó tan bien y sentí tan abrumadora felicidad que todavía lo recuerdo como si fuera ayer.

Pasé a la Universidad y las felicitaciones no se hicieron esperar. Llamaron familiares de todas partes, los vecinos fueron a congratularme y mi madre se veía en calzas prietas para explicar en qué consistía la tal carrera esa. Un padrino, que estudiaba biología, le dio una inducción y así ella pudo informar algo de la carrera. Muchos decían que muy

bueno, que ya estaba dentro de la universidad y que eso era lo importante, que más adelante me podía cambiar para otra carrera que fuera más conocida y en la que me fuera mejor en la vida, pues algunas señoras del barrio pensaban que me iba a ir mal en la vida por estudiar bibliotecología. De todas maneras fueron más las voces de apoyo que las pesimistas y la mayoría esperó en silencio el inicio de mi aventura.

Más adelante otras escaramuzas de esas aparecieron. Recuerdo dos en particular, que se pegaron como babosas a mi mente. La primera fue la pregunta desnuda de Fercho, el compañero de trabajo: "¿Qué es esa huevonada?" Qué más podía preguntar un huevero, me pregunto hoy.

De suerte que la pregunta la hizo delante de su papá, porque de lo contrario no hubiera sabido qué responderle, recuerden que también yo era huevero.

El papá salió al paso con otra pregunta: "¿Le parece malo estar al frente del futuro jefe de archivos de la Gobernación de Antioquia?" Esa respuesta era para defenderme y, en efecto, el Fercho quedó más tranquilo, pero a mí me dejó preocupado. Me importaba un... lo que ustedes están pensando, ser jefe de archivo de un gobernador. Me asustaba verme metido en una bodega como cucaracha de panadería. Mejor dicho, con semejante respuesta quedé más confuso que contento.

Era esa la clase de acontecimientos que debilitaban mis convicciones y ponían en entredicho mi elección de vida.

Para la segunda escaramuza ya tenía al tiempo como aliado, era fuerte y había superado los embates de la indecisión. Sobre todo cuando decidí que me haría promotor de lectura y no gángster. Ahí sí las respuestas eran rápidas y contundentes. Por esos días una señora preguntó por qué prefería estudiar bibliotecología en lugar de medicina, si me veía tan inteligente. Le di las gracias por el cumplido y le respondí que prefería ver llegar treinta niños bien alentados, dispuestos a

pulverizar al mismísimo planeta o a desarmar un balín, que ver llegar un ser despedazado, con el alma casi en el otro mundo y las tripas limpiando el piso de este planeta. La señora se quedó atónita y a partir de ese día me siguió saludando con una leve levantada de cejas y cero preguntas. Pero la verdadera respuesta era que sentía más cerca a la literatura de la bibliotecología que de la medicina, y no estaba dispuesto a convertirme en un traidor por nada del mundo.

La universidad fue algo que nunca pude superar. Allí la aterrizada fue violenta, como si me hubieran quitado un velo. En ese lugar comprendí de plano que la verdadera sabiduría la tenía mi abuelo mientras regaba su huerta de tomates. Mucha insensibilidad y petulancia me recibieron detrás de las mallas. Las personas que hacían su ingreso, poco a poco se transformaban en seres endiosados e inalcanzables. Mucho ser inflado artificialmente, mucha mediocridad, y lo peor era pie con todo teníamos que convivir. Por fortuna los días pasaron y entendí la universidad, me apropié de ella y la incrusté en mi piel, tal como era, no como imaginaba que era, y de esa manera se inició un amor perpetuo, un amor que hace que la lleve adonde quiera que vaya.

En ese territorio luché. Al principio la batalla estaba perdida, la bibliotecología no satisfacía mis anhelos, no era lo que esperaba y tenía incertidumbres respecto a mí futuro, pensaba que me estaba convirtiendo paulatinamente en un bueno para nada. Por suerte llegó la amistad, el acto sublime que todo lo puede. Me hice amigo de dos semi extraviados como yo. Un tipo que cuando hablaba parecía que estuviera recitando un poema de Juan Gelman o de Vicente Huidobro; con un humor encima de la inteligencia, botas impecablemente lustrosas y un aspecto entre arrogante y humilde, toda una confusión. Y una mujer que además de la amistad traería para mí el amor. Tenía los ojos más grandes que había visto jamás, traía el cabello ensortijado, olía a pradera, vestía con chalinas y faldas de colores y cuando hablaba los profesores temblaban, sin excepción, todos le hacían la venia. Era

la más inteligente entre las inteligentes, se sabía todas las canciones de Silvio Rodríguez, Pablo Milanés y los Hermanos Arriagada, también todos los poemas que un universitario de los años ochenta tenía que saberse, hasta los de Benedetti. Con ella, sentados en la hierba, leí a Walt Whitman, Jorge Enrique Adoum y Gonzalo Arango, mientras una profesora o profesor se despepitaba explicando parte de un curso que ya empezaba a no interesarnos.

Sin embargo, la universidad me empezaba a fastidiar; aparte de eso, los problemas económicos en la casa se hacían mayores, mis tíos maternos, apoyo incondicional en las duras épocas de crecimiento, hacía rato se habían casado y tenían sus propias obligaciones. Por otro lado, mi madre había sido expulsada del trabajo. Como sin certidumbre escasea la seguridad, me retiré de la universidad y con el pesar de muchos estuve haciendo envases de cristal en el infierno, al lado de unos hornos que mantenían la temperatura ambiente por encima de los 45 grados centígrados. Como allí no di resultado, regresé al barrio Guayaquil a vender huevos, sin mucha fortuna. Luego me hice mensajero de gerencia en una cancerígena fábrica de asbestos. Todo este recorrido lo hice sin abandonar la lectura. En esa época estaba picado por el bicho del ensayo, leía a Fernando González con ahínco, a Ralph Waldo Emerson y, en especial, evoco un libro que me trajo noches de insomnio por aquellos días: *Ensayo sobre las malas pasiones* de Eduardo Caballero Calderón. Recuerdo que una vez invité a mi compañero de las botas lustrosas y a la chica de los ojos grandes a tomar unas cervezas para que me contaran cómo iba la universidad, pero comencé a hablarles sobre ese libro; como un loco desesperado les lancé ideas y palabras a cien kilómetros por hora mientras los pobres sólo abrían la boca para tomarse el líquido amarillo.

Dentro de la Escuela de Bibliotecología había hecho otros amigos, los más inteligentes y luchadores que estudiaban bibliotecología por aquellos años. Un día llamaron y me recuperaron para la causa. La

tesis de ellos era simple: "La universidad no lo da todo, la escuela mucho menos, hagamos otras cosas para romper la estática y transformar el mundo, a eso vinimos ¿no?".

Mi segunda fase en la universidad fue distinta, vinieron los encuentros nacionales de estudiantes de bibliotecología, los periódicos estudiantiles, el programa radial, el movimiento estudiantil, la adquisición de una sede estudiantil, las tertulias con los amigos, el buen cine, las tabernas y la lucha contra la mediocridad. Llegó la primera monitoría; la creación de una biblioteca comunitaria; luego el descubrimiento de Solomán, el solo hombre capaz de vencer a los superhéroes. Después apareció el primer trabajo serio con la Biblioteca Pública Piloto, la espera de los niños a la salida del catecismo en el barrio Florencia, donde quedaba la biblioteca para hacer con ellos La hora del cuento. Más adelante se dio la vinculación a las bibliotecas del municipio de Medellín. Posteriormente apareció el primer trabajo como auténtico promotor de lectura en la Fundación Ratón de Biblioteca, allí estuve dos años en los cuales leí toda la literatura infantil y juvenil que había en los estantes de la sede de El Poblado; en ese lugar, más que en ninguna otra parte, aprendí a querer y respetar los libros para niños y jóvenes. También allí me hice ponente internacional, ya que por primera vez me llevaron fuera del país para que dijera lo que pensaba respecto a mi nuevo oficio. Finalmente llegó mi vinculación al Departamento de Cultura y Bibliotecas de Comfenalco, empecé en una de las bibliotecas y ahora estoy en la Coordinación de Fomento de la Lectura, soy esa clase de ser que, después de tantos años, se gana la vida haciendo algo que le gusta. Soy esa persona a la que le pagan para que se divierta.

Ahora no soy el único bibliotecólogo conocido en mi entorno familiar, ignoro cuándo aparecieron otros, porque lo del dinero resultó cierto: es humanamente imposible hacerse rico con esta profesión. Si para alguno he sido su ejemplo debe ser porque me ven feliz. Debe ser por

eso, nada más. ¿De qué otra manera explicar que mi primo y amigo de infancia y de siempre esté caminando a mi lado? ¿Que mi hermano venga detrás? ¿Que otra prima y la esposa de mi hermano vengan más atrás? ¿Que otro primo quiera entrar en la pista y que una prima haya tenido que desfallecer después de múltiples intentos? Ahora todos ellos están metidos en el mundo de la bibliotecología junto con mi novia y mis mejores amigos.

Después de todo no terminé como el bibliotecólogo solitario, aquel que podría contar con miles de kilómetros cuadrados a la redonda. Lo curioso es que ya poco importa eso, ahora que perdí la exclusividad veo que no es tan malo que así haya sido. Inclusive, aún no sé si un médico sea más importante que un bibliotecólogo, pero tampoco estoy seguro que no lo pueda ser.

De todo lo que ofrece la bibliotecología he preferido la promoción de la lectura. Me parece importante poder mostrarle a la gente, en una relación distinta a la académica, las bondades de la lectura. ¿Por qué no hacerlo? El vendedor de gaseosas muestra las supuestas virtudes de su marca, el de cigarrillos también.

- ¿Por qué esconderles la posibilidad lectora a los jóvenes?
- ¿Por qué ha de ser horrible que un escritor lea apartes de su obra o la de otros autores a los jóvenes?
- ¿Por qué ha de ser dañino pedir a los padres de familia que les compren libros a sus hijos y a los gobiernos que les hagan bibliotecas?
- ¿Por qué no solicitar a los profesores que dejen a los estudiantes en paz, que no los obliguen a leer si no quieren?
- ¿Por qué no pedirles a los profesores que tengan sentido común?
- ¿Qué hay de malo en recomendarles a los jóvenes libros que a uno le han despertado el joven que lleva dentro?

- ¿Qué tiene de perverso el querer saber los gustos y necesidades de los jóvenes para recomendarles más y mejores libros?

Lo malo es creer que todo lo que hacemos convertirá a los jóvenes en lectores, eso es imposible. Además, sería horrible un mundo uniformado, un mundo donde todos fuéramos o lectores o pintores o futbolistas o televidentes o astronautas o qué sé yo. Lo ideal es que cada cual pueda ser lo que desee, inclusive lector.

Por mi parte, seguiré luchando por que las comunidades tengan libros en lugar de balas, recuerden que no soy un gángster sino un promotor de lectura.

Medellín, Colombia, febrero de 2001 Publicado en la revista electrónica Cuatrogatos

La animación a la lectura: un viejo invento

Por fortuna, aún existe la preocupación por sacar a flote ese lector que llevamos dentro. Celebro eso. No me alegro de que haya que hacerlo, pero reconozco que es necesario y que los inesperados virajes que los humanos le damos al planeta engendran nuevos retos, como el de mantener la conquista de instrumentos que corren el riesgo de morir aplastados por la indiferencia. Ese es el caso de la palabra escrita.

Los buscadores de lectores, hoy llamados promotores de lectura, son de diversa índole y procedencia, lo cual indica que nos movemos por mares distintos.

Un grupo, constituido por los llamados empíricos, ha centrado su accionar en la práctica. La persistencia de su trabajo les ha dado autoridad en el medio. Desgraciadamente carecen del discurso y de la rigurosidad científica que les permita sustentar su actividad en el entorno.

Otro sector, procedente de la academia, centra su preocupación en la construcción de un corpus teórico que dé cuenta del área y que permita comprender lo que se hace. Algunos de sus integrantes caen en una rigurosidad libresca que los aleja de la realidad, y en ocasiones los hace ininteligibles en un medio que los requiere y los busca como antorchas en la oscuridad.

Un tercer grupo, es el de aquellos que habiéndose iniciado empírica o académicamente, han cedido un poco en su posición inicial y están aportando en la praxis y en la creación de un piso teórico, a partir de lo brindado por los diferentes postulados conceptuales y otras prácticas.

Los del tercer grupo han llegado a la conclusión de que existen promotores y animadores a la lectura. En ese caso, ellos se han auto nombrado promotores porque consideran que van mucho más allá de darle ánimo a un texto determinado. Es decir, que sus acciones no se limitan, en exclusiva, al trabajo con grupos, sino también a la gestión de recursos, al desarrollo de proyectos, a la implementación de otras acciones que acerquen la palabra escrita a las comunidades y a la producción intelectual, aquella que brinda la posibilidad de que perduren las acciones en el tiempo. Estos del tercer grupo, consideran a los del primero animadores porque tienen como exclusividad trabajar de manera directa con segmentos de la población, en su mayoría niños. Según ellos, su labor no va más allá de hacer narraciones y lecturas en voz alta con las cuales llevan a cabo alguna actividad relacionada con el desarrollo de la motricidad fina, la gruesa o la escritura. A los del segundo grupo no les tienen una denominación muy precisa, pero consideran que deben ejercer la práctica con el fin de que puedan corroborar los postulados teóricos que llevan encima.

En ese orden de ideas, ser un promotor de lectura con talento de animador, es para tener en cuenta.

Lo más cómodo es decir que se pertenece al tercer grupo. Al fin y al cabo es el que podría estar dando cuenta de una simbiosis de lo que somos y de lo que nos negamos. Es el que de manera sutil anuncia la existencia de una trayectoria personal.

Pero no todos son militantes del tercer grupo, muchos buscadores de lectores aún están polarizados, tras el mismo fin pero en orillas opuestas. De no ser por esa circunstancia, la promoción de la lectura

iría rauda y con mejores resultados. La verdad es que estos grupos existen y en su interior coexiste una heterogeneidad que hace que en los seminarios y congresos relacionados con este tema, algunos asistentes salgan contentos y otros tristes, pero nunca todos de lo uno o de lo otro. Por el momento, no se puede esperar que el aporte de un conferencista deje satisfechos a todos los congregados; si esto se da, algo anda mal o demasiado bien para ser creíble. En últimas, supongo que esto es una especie de justificación por adelantado para quienes ningún aporte encuentren en el presente ensayo.

Promoción y animación a la lectura

Estoy en el tercer grupo, creo. En el de la posición más ventajosa. Me autodenuncio. Soy bibliotecario, por tanto, mi voz proviene de ese laboratorio social que se me hace el más interesante desde la antigüedad hasta nuestros días. A partir de ahora, en primera persona, voy a decirles lo que sentimos y realizamos en una institución que me ha permitido hacerlo todo, experimentarlo todo y equivocarme cantidades.

La aventura de definir los tres grupos anteriores es un riesgo que está sustentado en los conceptos de promoción y animación a la lectura que en Comfenalco Antioquia¹ hemos asumido hace unos cuantos años, y que mantenemos por el momento, en virtud de que nos ha permitido entender que un anzuelo es insuficiente, que requerimos varios, y en ocasiones redes. El método de anzuelo fue creado por ser más efectivo, permite capturar a la merluza, si se quiere. Con la red se capturan muchos peces de diferentes especies. Nosotros, cuando es

¹ Entidad de carácter privado creada por el Estado con aportes de las empresas. Entrega a los trabajadores afiliados subsidio en dinero y, además, presta a la comunidad en general, servicios de salud, educación, bienestar familiar, deportes, recreación, vivienda, cultura y bibliotecas.

necesario, empleamos la red, ya que consideramos que ninguna persona es de menor valor.

Para el equipo del Departamento de Cultura y Bibliotecas de Comfenalco Antioquia, la promoción de la lectura

es cualquier acción o conjunto de acciones dirigidas a acercar a un individuo y comunidad a la lectura elevándola a un nivel superior de uso y gusto; de tal forma que sea asumida como una herramienta indispensable en el ejercicio pleno de la condición vital y civil.

La promoción de la lectura es en sí misma la macro acción con la cual un país, una comunidad, una institución o un individuo contribuyen a formar una sociedad lectora. Por ello, es una idea genérica y múltiple que cobija cualquier acción que cree un vínculo permanente, productivo y cotidiano entre el individuo / comunidad y la palabra escrita. En esta medida, y por extensión, involucra los materiales de lectura, en sus distintos soportes, como objetos culturales potencialmente enriquecedores de la vivencia individual y comunitaria, y la promoción de la biblioteca como institución directamente responsable de la democratización de la lectura².

Consideramos la animación a la lectura como "cualquier acción dirigida a crear un vínculo entre un material de lectura y un individuo / grupo. Para ello se requiere indispensablemente de la lectura silenciosa, la lectura en voz alta o la narración. En ella pueden o no estar involucrados otros elementos, como por ejemplo algunos medios didácticos"³ o estrategias complementarias, denominadas así por la

² Adriana María Betancur B., Luis Bernardo Yepes O. y Didier Álvarez Z., "La promoción de la lectura", en: La promoción de la lectura: conceptos, materiales y autores, Luis Bernardo Yepes Osorio (editor), Medellín, Comfenalco Antioquia, Colección Fomento de la Lectura (1), 2001, p. 24.

³ *Ibid.*, p. 17.

mayoría de los involucrados en este tema.

Informados sobre los conceptos bajo los cuales nos movemos, no es necesario extendernos en la explicación de lo que significó para nosotros trascender la animación a la lectura. Fue propiciar que las neuronas se reventaran pensando en cómo tomarnos un barrio o un municipio completo con acciones que propendieran acercar las comunidades a la lectura de la palabra escrita, al igual que lo hacíamos cuando era necesario idear una *Hora del cuento*.

Formación del pescador

La creación de anzuelos, no surge por generación espontánea, para ello se requieren unos propósitos, políticas institucionales, recursos, preparación académica, formación complementaria y un clima de trabajo que propicie el respeto por las diferencias, los encuentros, las deliberaciones, las exploraciones alrededor de las acciones que se llevan a cabo en el entorno inmediato, y de las que afloran en el panorama nacional e internacional; todo esto con el fin de tener unidad de criterios para no crear el caos en los procesos lectores que ya existen o que recientemente se inician.

Por tanto, el promotor de lectura debe impregnarse de un entorno que quiere de ellos lo mejor como seres humanos y como profesionales. De ahí que su encuentro con el conocimiento en instancias académicas no sólo deba estar relacionado con temas sobre bibliotecología, pedagogía, lingüística, información, informática, lectura, literatura, investigación, fonología, industria editorial y promoción de la lectura, sino también con temas como mercadeo, proyectos, gestión pública, gestión de recursos, economía, relaciones públicas y sensibilización ecológica. Puede sonar exagerado, pero la relación con todos los segmentos de la población obliga a que así sea. ¿Qué tipo de anzuelos se le puede lanzar a un alcalde? Seguramente un anzuelo que tenga como carnada técnicas relacionadas con la gestión pública. ¿Cómo enfrentar a las nuevas generaciones que, a pesar de la tecnología, es-

tán siendo formadas con una conciencia más ecológica? Supongo que, siendo seres con alguna sensibilidad ecológica, mínimamente. Y así nos podríamos extender en las múltiples posibilidades que tiene el promotor y en las misceláneas aguas que le rodean.

El grupo encargado de pescar lectores debe tener la piel dura, la mente clara y el corazón limpio, de lo contrario llega una borrasca y lo arrasa. No es tan fácil como muchos creen. Esa creencia ha motivado que, en algunas ocasiones, la mediocridad se refugie en esta área, es la que ha impedido avanzar lo suficiente para mostrar el impacto que la sociedad espera ansiosa, pues el trabajo ha sido arduo en algunas instituciones, pero cobarde en otras, dejando, hasta el momento, tibios resultados en el seno de la sociedad.

La biblioteca: una red para atrapar lectores

No quisiera caer en la eterna disputa relacionada con la escuela y la lectura. Mostrar la escuela como el cementerio de la lectura y a los maestros como sus sepultureros es el camino errado. La idea es trabajar todos en pro de la construcción de los espacios bibliotecarios que, permitan dar vida a nuevos lectores. Si se orienta como es debido, la biblioteca escolar, al igual que la pública, se pueden convertir en la más grande red para atrapar lectores.

Un deber que se le suma a la biblioteca pública moderna, es el de impulsar y apoyar la creación y consolidación de bibliotecas escolares de lo contrario, la biblioteca pública Continuará siendo un remedo de biblioteca escolar, sin cumplir con la función social de ser un espacio para todos los miembros de la comunidad en la cual está inmersa, y mucho menos podrá desempeñar el papel totalizador que le corresponde a la biblioteca escolar, de ser un Centro de Recursos para el Aprendizaje (CRA) que apoye un Proyecto Educativo Institucional determinado.

Los habitantes de América Latina tienen hoy la obligación de conformar, al derecho, sus bibliotecas públicas y sus bibliotecas escolares. Así las administraciones públicas trabajen en ello, son los ciudadanos quienes deben hacer veeduría de un proceso que les permita contar con la biblioteca que corresponde, en el espacio que corresponde; de no ser así, pueden salir engañados ya que la tendencia del actual orden económico es escurrirse por la vía más fácil y, en este caso, la más fácil es negar a las instituciones educativas la exclusividad de tan importante laboratorio social, so pretexto de que una biblioteca cumple cuantitativamente mejor su función fuera del centro educativo. Eso es una verdad a medias, por tanto es una mentira. La biblioteca escolar tiene la tarea de promocionar la lectura, el conocimiento y la investigación dentro de su comunidad educativa; y sin materiales de lectura permanentes es prácticamente imposible hacerlo.

Si se logra la creación o consolidación de la biblioteca, el resto corre por cuenta de profesores y bibliotecarios. De ellos depende seguir estancados en el tiempo o construirse alas que les permitan alzarse y mirar hacia el horizonte.

Sin justificar la importancia de la lectura, ya hay muchas justificaciones por ahí para preocuparme por ello ahora, me parece esencial que los educadores y bibliotecarios forjen en los estudiantes el amor por ésta, con el fin de que conquisten una conciencia universal y a su vez se adueñen de lo bello. Sí, es importante que se formen como lectores para que algún día les puedan decir a los copresidentes del Banco Mundial, Señores ¡basta! "La pobreza aumenta, el hambre mata más que las guerras y el número de los que carecen de atención médica, y el de jóvenes analfabetos y sin familias crece día a día".⁴ Decirles eso y muchas cosas más, como lo hiciera Pierre Galand, ex Secretario

⁴ Pierre Galand, "Renuncio, no quiero ser cómplice", en: Un continente desaparecido, Gianni Mina (comp.), Barcelona, Península, 1996, p. 35

General del Grupo de Trabajo de las Organizaciones no Gubernamentales del Banco Mundial, cuando renunció a ese puesto argumentando que no quería ser cómplice de sus injusticias y atropellos.

O para que se embelesen ante la historia de amor de Blimunda y Baltazar descrita por José Saramago en su novela *Memorial del convento* y sean sorprendidos por líneas de esta magnitud: "Él, entrando ansioso y desnudo en ella y ella, recibéndolo ansiosa". Y quizá ver como las lágrimas les saltan de emoción y los confrontan con su propia humanidad, porque a decir verdad, a los estudiantes les importa poco saber cuántas palabras de allí son átonas, pero sí les fascina saber, entre otras cosas, que Blimunda y Baltazar se amaban con todas las ganas.

Dejar que los estudiantes confronten y se reconcilien con la vida, dejar que se alivien con el arte como Blimunda se sanaba con la música de Domenico Scarlatti, es lo más reconfortante que podemos hacer. Para lograrlo, es necesario acudir a la animación a la lectura, el anzuelo que me es dado presentarles hoy a ustedes.

La selección, más que un anzuelo, una red

Detrás de una sesión de animación a la lectura se encarna la ansiedad de saber qué leer, qué puede ser adecuado para quienes tendremos al frente. Es una preocupación que manifiestan de manera constante educadores, bibliotecarios y padres de familia, al igual que lo hacía en 1399 el notario toscano Ser Lapo Mazzei cuando le escribía a un amigo comerciante pidiéndole que le prestara un libro titulado *Floreccillas de San Francisco* para leérselo a sus hijos. Decía que "los chicos disfrutarían con ese libro porque resultaba muy fácil de leer".⁵ Esas manifestaciones hoy siguen vigentes, por eso, una de las tendencias es la de organizar sesiones de lectura en voz alta con adultos, en las

cuales se comparta lo mejor de la literatura infantil y juvenil, de tal

⁵ Alberto Manguel, *Una historia de la lectura*, Madrid, Alianza Editorial / Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1998, p. 144.

manera que los asistentes adquieran un bagaje que les permita escoger lo mejor para compartir con niños y jóvenes.

Claro que el asunto no culmina ahí, en razón de que leer en voz alta no es un acto privado. Se requiere además que la elección del material de lectura sea socialmente aceptable por el lector y por quienes lo escuchan. Hace 195 años Jane Austen lo puso de manifiesto cuando dejó por escrito sus impresiones respecto al esfuerzo que tenían que hacer los miembros de su familia para encontrar algo adecuado para su padre, sus hermanos y para ella misma.⁶ Y, en honor a la verdad, ese problema aún persiste. La animación, con un texto de calidad literaria que no llegue a los escuchas, se puede convertir en una tediosa rutina que fracasaría por sustracción de materia, pues ningún ser humano ama lo que le aburre, lo que no le atrae.

Por eso el seleccionador, aparte de ser un excelente lector, es ante todo una suerte de prestidigitador. El ser buen lector no garantiza que el texto escogido triunfe, muchos grandes lectores se han quedado cortos en la selección. Por tanto, debe acudir a su intuición, a su experiencia cargada de éxitos y fracasos y confiar en su buen gusto, si quiere que el pez muerda el anzuelo.

Por todo lo dicho, la selección no se puede hacer en el vacío, se debe hacer pensando en los individuos que van a estar frente a nosotros con su historia. Una historia que, si nos acercamos un poco, nos puede dar la clave para llegar con la carnada perfecta.

Por otra parte, la selección no sólo tiene aplicación en la animación a la lectura, la tiene también en el desarrollo de las colecciones de la biblioteca. Una selección de calidad e impacto en la comunidad, hace que caigan peces de todas las especies. Esta es la más importante de las redes.

Volver contenido

⁶ *Ibid.*, p. 149.

La animación a la lectura: un viejo invento

Si bien se dijo que la promoción de lectura va más allá de la animación, no se puede desconocer que la animación es uno de los principales anzuelos que ha tenido la humanidad para despertar al lector que todos llevamos dentro. El promotor debe hacerse a su red: la biblioteca, sea pública o escolar, y desde allí perfeccionar los anzuelos y carnadas para atrapar a los escurridizos lectores, de quienes ya se dijo, se esconden detrás de cada piel.

La animación a la lectura no es una acción exclusiva de la modernidad. Quizá lo exclusivo en los últimos tiempos sea la búsqueda de una definición conceptual que reúna todo lo que se pretende con ella en el actual momento histórico. Entender lo que se ha hecho con la lectura en el transcurso de la humanidad, es la luz que ilumina lo que puede, hacerse hoy. Se trata casi de reencauchar, de acuerdo con necesidades contemporáneas, lo que nuestros antepasados hicieron, para, de esta manera, no repetir la historia como borregos. No en balde, Roger Chartier expresa: "el recuperar los lectores 'populares' del renacimiento conduce necesariamente a interrogarse acerca de las estrategias de investigación que es posible desplegar para construir las prácticas".⁷

Un número considerable de las acciones de animación a la lectura que se ven en nuestros días, son una herencia del pasado, inconsciente o conscientemente ahí están, lozanas en el tiempo.

Cuando San Benito de Nursia tenía catorce años, renunció a todo, abandonó la fortuna y los títulos de su rica familia romana. Hacia el

⁷ Roger Chartier, "Lecturas y lectores 'populares' desde el renacimiento a la época clásica", en: *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (editores), Madrid, Santillana, 1998, p. 425.

año 529 fundó un monasterio en Monte Casino y preparó unas reglas en las que la autoridad de un código legal remplazaba la voluntad suprema del superior del monasterio. Al parecer, creía que Dios nos ofrece el mundo de dos maneras, como naturaleza y como libro.

En ese entonces Benito decretó que la lectura fuera parte esencial en la cotidianidad de la vida monástica. En el artículo 38 de su Regla, establecía la manera de proceder en la hora de la comida, ya que había instaurado que durante ésta siempre se leería.⁸ No sé si la promotora de lectura de la Biblioteca Comfenalco Castilla en Medellín, Colombia, sepa esto, pero allí existe un programa que es muy conocido en la zona y se llama *Comiendo con el libro*. Es una actividad de animación a la lectura que se realiza durante la jornada de almuerzo en el restaurante escolar del Colegio Bautista, cerca de la biblioteca. Mientras los estudiantes almuerzan por grupos, la promotora les lee en voz alta, cuentos cortos en una sesión o largos en varias sesiones,⁹ como hacían los monjes hace más de 1.470 años.

En la edad media, oír la lectura de un libro era una experiencia fascinante y cada vez distinta; por todos los reinos de Europa había juglares itinerantes encargados de ello.¹⁰ Ahora, en la edad moderna - posmoderna se atreven a llamarla algunos— no es extraño ver en muchas bibliotecas y salas de teatro lecturas en voz alta. En lo que se refiere a Comfenalco, allí se tiene un programa llamado *Oír leer*, en el cual se ofrece una lectura semanal en voz alta a cargo de locutores de reconocida trayectoria en la ciudad, buenos lectores y concedores de la literatura universal. Los asistentes tienen la opción de solicitar las

⁸ Manguel, Op. cit., p. 140.

⁹ Luis Bernardo Yepes Osorio y Gloria María Rodríguez Santa María, "Acciones de promoción de lectura en Comfenalco Antioquia", en: *Animación y promoción de la lectura: consideraciones y propuestas*, Juan Pablo Hernández Carvajal (editor), Comfenalco Antioquia, Colección Fomento de la Lectura (3), la ed., 1997, p. 94.

¹⁰ Manguel, Op. cit., p. 142.

lecturas que en un futuro deseen escuchar. Actualmente se organizan ciclos alrededor de autores, géneros y temas, que se programan y anuncian con anticipación.¹¹

Una condesa llamada Matilde de Artois, en los inicios del siglo XIV, viajaba con su biblioteca guardada en grandes bolsas de cuero y durante las veladas se hacía leer alguno de aquellos libros por una de sus damas, ya fueran obras filosóficas o entretenidos relatos sobre tierras desconocidas como *Los viajes de Marco Polo*, el tema era lo de menos.¹² La condesa Matilde podría ser la precursora de lo que hoy se conoce en el mundo como *Cajas viajeras*. En muchos lugares son empleadas para llegar con libros a lugares apartados. A su alrededor se desarrollan actividades de animación a la lectura con el interés de promocionar los materiales que allí se encuentran. Quizá la intención de la condesa no iba más allá de buscarse una fuente de placer. En ese caso no estaríamos muy lejos de ese individualista propósito del siglo XIV, ya que otro de los objetivos de un programa de *Cajas viajeras* es, precisamente, el de brindar placer por medio de la lectura en voz alta. En cuanto a la forma de la bolsa tampoco estamos distantes. Las actuales son elaboradas en lona y cada una tiene capacidad para almacenar entre treinta y ochenta libros.¹³

El fuego, como símbolo y posibilidad de encuentro y comunión, ha inspirado a muchos cuenteros y lectores para que, congregados a su alrededor, compartan historias que flotan en el aire caliente y se meten en la memoria de quienes allí estén. Lo hizo Pierre Clergue en Montaillou a comienzos del siglo XIV cuando leía a sus feligreses en torno a una hoguera y, en variadas ocasiones, un texto llamado *Libro de la fe de los heréticos*¹⁴, Y lo siguen haciendo bibliotecarios en este siglo

¹¹ Yepes Osorio y Rodríguez Santa María, Op. cit., p. 85.

¹² Manguel, Op. cit., p. 143.

¹³ Yepes Osorio y Rodríguez Santa María, Op. cit., p. 76.

¹⁴ Manguel, Op. cit., p. 144.

con actividades como *Al calor de la palabra*, en la cual asistentes e invitados especiales participan con lecturas en voz alta o narraciones alrededor del fuego, entre tanto los escuchas se toman una bebida llamada "canelazo".¹⁵

En el siglo XV existían grupos en los cuales uno de los miembros leía varios capítulos de un libro a los presentes, los cuales, al final de la lectura, hacían comentarios. Inclusive en algunas ocasiones llevaban evitados que hacían las veces de jurados externos con el fin de dirimir algunas discusiones.¹⁶ Hacían entonces lo que hoy, cinco siglos después y con algunas variantes, organizan la mayoría de bibliotecas en el mundo y se conoce con el nombre de *club de lectura o de lectores*.

En el año de 1865, en Cuba, el cigarrero y poeta Saturnino Martínez tuvo la idea de publicar un periódico para los trabajadores de la industria cigarrera, en el cual vieron la luz artículos políticos, científicos y literarios. Pero descubrió que el analfabetismo era el obstáculo más grave para que el periódico llegara a ser verdaderamente popular, ya que a mediados del siglo XIX apenas el 15% de los trabajadores cubanos sabían leer. Con el fin de que todos tuvieran acceso al periódico, a Martínez se le ocurrió la idea de utilizar lectores en las fábricas. Más adelante, otros siguieron el ejemplo y de ahí surgieron las lecturas en voz alta en las tabacaleras de Cuba.¹⁷ » Aún quedan vestigios de ese lector, sin embargo está en peligro de extinción.

En nuestro medio apenas hay tímidos intentos de llegar a las industrias. Las protagonistas de ellos son algunas entidades del sector solidario que llevan *Cajas viajeras* a las empresas afiliadas y, de vez en cuando, comparten lecturas en voz alta con los trabajadores, nada continuo sistemático. En la actualidad no se tiene información de una acción

¹⁵ Yepes Osorio y Rodríguez Santa María, Op. cit., p. 97.

¹⁶ Manguel, Op. cit., p. 144.

¹⁷ *Ibid.*, p. 136.

de esa magnitud entre nosotros. Pienso que esa es una deuda histórica con la animación a la lectura.

Muchas de las acciones de animación en la antigüedad y la edad media, surgieron por incapacidad o desconocimiento para enfrentar la lectura silenciosa. En la modernidad lo hacemos porque se ha observado que es una estrategia interesante para despertar los libros que duermen su sueño eterno en los anaqueles, o para mostrar con evidencias lo fascinante que es la lectura.

Con la animación se espera conseguir lectores autónomos. En el mundo actual el lector Scherezada está caduco, no hay tiempo de estar subordinados de manera perpetua a un intermediario; se requieren lectores con alas, que tarde o temprano, ojalá más temprano que tarde, se defiendan por sí solos. Ahí cobra importancia la lectura silenciosa en las acciones de animación, y tienen su razón de ser anzuelos como el préstamo de libros con carné o el servicio de *Libro correo*¹⁸ que implementaron algunas instituciones.

Lectura silenciosa: paso obligado

Aunque algunas evidencias históricas parecen demostrar que ya en el año 428 a.C., la época de la guerra del Peloponeso, los griegos estaban familiarizados con la lectura silenciosa,¹⁹ sólo a partir del siglo VI se empieza a conceder mayor importancia a esta forma de leer. Se planteaba en ese entonces la necesidad de leer para uno mismo con el fin de no molestar a los demás. Se decía también que la lectura en

¹⁸ Libro-Correo es un programa en el cual a los empleados de la empresa se les envía por el correo interno, al puesto de trabajo, paquetes de libros par que se los lleven a sus hijos inscritos en el programa. (Ver: Yepes Osorio Rodríguez Santa María, Op. cit., p. 80.

¹⁹ Bernard Knox, citado por Jesper Svenbro, "La Grecia arcaica y clásica", el Historia de la lectura en el mundo occidental, Op. cit., pp

silencio permitía una mejor comprensión del texto porque el lector aprende más cuando no escucha su voz.” De este modo se puede leer sin esfuerzo físico, y reflexionar sobre las cosas que se habían leído, ya que éstas caían de la memoria con menos facilidad”,²⁰ terminaban diciendo los estudiosos del tema en la edad medio.

Ahora, es un compromiso que debemos asumir quienes tomamos la decisión de navegar por estas aguas. La lectura autónoma posee un peligroso encanto que muchos temen. La historia nos cita de manera frecuente ejemplos de sistemas de poder que les temen a los libros porque ven en ellos enemigos que no se amoldan a sus modos de pensar y de actuar. A pesar de ello, nosotros tenemos que buscar las estrategias que permitan el libre ejercicio de esta manera de leer, y en las sesiones de animación a la lectura se puede estimular la lectura silenciosa, libre y autónoma.

Ese anhelo nos ha llevado, en Comfenalco, a convertir la ya clásica *Hora del cuento* en una acción de lectura en voz alta, de lectura silenciosa, de diálogo y de espacio en el cual se prestan libros para la casa. Esos pasos son constantes. Parodiando a Cervantes, las sesiones “tratan de de lo que oirá el que lo escuchare leer y verá el que lo leyere”.²¹ Las arandelas u otras actividades que se suelen hacer en el marco de este tipo de acciones, las hemos dejado de lado en las *Horas del cuento*, aunque no niego que en otras actividades de lectura las empleemos, por ejemplo en las desarrolladas durante las vacaciones creativas.

En lo concerniente a la *Hora del cuento*, que es permanente, el homenaje es a la lectura, queremos aprovechar al máximo esos cuarenta y cinco minutos que compartimos con grupos escolarizados y con niños de la comunidad. Somos conscientes de que ese es nuestro papel.

²⁰ Malcom Parker, “la alta edad media”, en; *ibid*, p. 142

²¹ La frase correcta es: “Que trata de lo verá el que lo leyere, o lo oirá el que lo escuchare leer”, y aparece en el encabezamiento del capítulo LXXVI de la segunda parte *el El ingenioso don Quijote de la Mancha*

Aparte del hogar y la escuela, ninguna otra institución en el medio se siente con el deber de hacerlo.

En algunas ocasiones es invitada la escritura. Ésta se hace de manera espontánea y creativa acerca de algo relacionado con la historia, sus personajes o la actividad en sí, pero fundamentalmente nuestra preocupación es con la lectura. Macedonio Fernández decía que había empezado a escribir para vengarse de todo lo que había leído. Nosotros esperamos que los niños y jóvenes de las ochenta escuelas y de todos los barrios que atendemos, también lo hagan. Ojalá algún día les escriban por su propia cuenta a los copresidentes del Banco Mundial o a los duendes y gnomos que los acompañan en sus noches de insomnio. Cuando así sea, se estará viendo la señal inequívoca de que estamos frente a una linda jornada de pesca.

Ahora bien, tenemos claro que existen lectores que no se dejan pescar —suena contradictorio, pero recordemos que todos llevamos un lector sumergido—. Saber esto, baja los niveles de ansiedad y nos permite desarrollar nuestro trabajo con la tranquilidad que puede dar el deber cumplido. Muchas personas creen que nuestra pretensión es un fanático deseo de que cuarenta millones de personas lean. Pues no lo es. Nuestro propósito es que cuarenta millones de personas sepan que existe la lectura y que tengan algún contacto con ella en condiciones distintas a las meramente impositivas, para que así puedan tomar una decisión con más elementos de juicio. De lo contrario, nos parece inicuo que muchas personas queden marginadas del manantial de la lectura sin haberseles mostrado los pro de ésta, pues de los contra ya se han encargado otros.

En cuanto a los lectores capturados, les proporcionamos un hábitat digno de su condición. Es aquí donde surge el promotor con todo su brillo, gestionando recursos para estructurar nuevas ofertas. Esto es importante porque no se trata únicamente de pescarlos, sino también

de conservarlos. Para hacerlo, es necesario tener una infraestructura con capacidad de respuesta, que los cautive, ojalá para siempre.

Las carnadas que les proporcionan placer, tranquilidad y permanencia, tienen que ver con colecciones actualizadas, exposiciones relacionadas con el tema, promociones en las cuales puedan llevar para el hogar, durante periodos de vacaciones, más libros de los acostumbrados, espacios bibliotecarios gratos para la lectura, entre otras. Todo esto sumado a una propuesta artística y cultural permanente que les haga más reconfortante su condición de lectores.

Resultados de la pesca milagrosa

Un aspecto importante que ha permitido la consolidación de las diferentes acciones de animación a la lectura, y en especial de *la Hora del cuento*, es haber tenido la oportunidad de trabajar con comunidades de todo tipo: pobres, ricos, niños sanos, niños enfermos, aspirantes a promotores, ancianos, discapacitados físicos, atletas, amas de casa, invidentes, padres con sus bebés, desempleados, prisioneras, aspirantes a poetas, profesionales, anarquistas, obreros, reclusos, educadores, aspirantes por la paz, jóvenes en conflicto, ejecutivos y bibliotecarios, En las zonas rurales, en las urbanas, en los barrios, en las urbanizaciones, encerrados, al aire libre, con recursos, sin recursos, en nuestra ciudad, en otras, en nuestro país, en otros. Y a pesar de todas esas diferencias de tipo cultural, social o físico, hemos corroborado, como lo ha demostrado la historia, que en esencia el rito de animación a la lectura es el mismo, lectura en voz alta y diálogo, primordialmente. Ahí está la esencia.

Esas acciones, depuradas, reformadas e implementadas en nuestras bibliotecas, han contribuido a que nos visiten 2'600.000 personas al año; que los 73.000 lectores activos que tenemos registrados presten en el transcurso del mismo 515.000 materiales, lo que significa que los

153.000 materiales bibliográficos que poseen las bibliotecas han rotado 3.33 veces al año. Parece extraño tal movimiento lector en una ciudad tan violenta y ansiosa.

Pero llegará el momento del esplendor. Estamos esperando que los resultados de la pesca milagrosa obren y no desfallecemos, al igual que aquel coronel macondiano. Tenemos unos peces que nos llenan de entusiasmo y que pueden influir positivamente en las generaciones venideras. Ojalá así sea. Cada promotor de lectura de Comfenalco tiene uno o varios ejemplares de esa especie. Por ellos apostamos.

Siento informar que este ensayo carece de conclusiones. Me temo que deben inferir lo que a bien tengan. Sólo me resta decirles que la historia siempre tendrá páginas escritas y páginas en blanco, ustedes deciden por cuales optar.

Ensayo publicado en: Revista Lectura y Vida (2), v. 21
pp. 44-55, Buenos Aires, 2000

Urgencia de proyectos institucionales de promoción de la lectura

Hay hombres que luchan un día
y son buenos.
Hay otros que luchan un año
y son mejores.
Hay quienes luchan muchos años
y son muy buenos.
Pero hay los que luchan toda la vida:
esos son los imprescindibles

Bertold Brecht, citado por Silvio Rodríguez en la canción Sueño con serpientes.

Caldo de cultivo

Hoy día, muchos barrios y urbanizaciones tienen un ambiente tal, que es fácil hacerse ruin. Sus esquinas y recovecos, sus negaciones y limitaciones, sus ofertas y provocaciones, sus dificultades e imposibilidades, la pobreza y la droga, el miedo y la muerte, el esquivo empleo, la distante salud, la mísera vivienda y el encierro casi perpetuo, conforman un paisaje y un ambiente que permiten gestar el asesino más refinado y temerario, o también el ser más frustrado y humillado.

Se requiere entonces de otros paisajes, de nuevos ambientes en los cuales los seres se conviertan en ciudadanos y, por qué no, en los más, exquisitos y audaces lectores. Ambientes para retar la sensibilidad y la inteligencia, inclusive para enfrentar la pobreza espiritual y material. Por fortuna, en la actualidad existe un extraordinario instrumento para hacerle frente a la adversidad: la palabra escrita, hoy día consignada en gran variedad de soportes.

En una sociedad conformada por ambientes hostiles y hogares en vía de reconstrucción bajo un nuevo modelo, en el cual apenas se comienza a entender otra forma de relacionarse de las familias; la escuela es la principal fuerza llamada a crear un ambiente propicio para que los niños y jóvenes se hagan, irremediablemente, lectores. Le corresponde a la escuela crear el caldo de cultivo que, además, posibilite la creación de ambientes lectores en los hogares y sus entornos, habida cuenta que la estructura de núcleo familiar que hoy estrenan los niños latinoamericanos, donde por lo general cuentan con más de una casa a su disposición y con más de un padrastro y madrastra, los toma desprevenidos, a ellos y a sus disímiles familias. Claro que también existe el otro extremo, en el cual los niños y jóvenes no cuentan con ningún tipo de progenitor y están a merced de un tutor —la mayoría de las veces un adulto mayor—, sin argumentos para brindarles algo más allá de lo que la escuela pueda ofrecerles. En estos hogares igualmente hay que hacer presencia.

La institución escolar debe salir al encuentro de unos y otros con una propuesta trabajada a conciencia, organizada, concertada y escrita. En ese caso, la institución necesita diseñar y ejecutar un proyecto de promoción y animación a la lectura.

Cinco justificaciones más

Una justificación que puede animar el diseño y ejecución del proyecto institucional de promoción de la lectura, tiene que ver con la carencia, en las escuelas y colegios, de infraestructuras propicias que

permitan conformar el ambiente lector que se requiere. El proyecto debe plantear estrategias que ayuden a superar las deficiencias y a conseguir aquellos recursos que faciliten el contacto de los estudiantes y la comunidad educativa ¹ con el libro y los diferentes soportes en los cuales se encuentra la palabra escrita.

Otra razón, tiene que ver con los estudios hechos por el Sistema Nacional de Calidad, en los cuales se descubrieron problemas críticos como las deficiencias en las competencias básicas en el dominio de la lectura y la escritura y en el desarrollo del pensamiento lógico-matemático.² Este, que es un estudio sobre Colombia en particular, es un problema de todos los países de América Latina; por lo tanto, un proyecto de esta magnitud, si logra mantener su permanencia, tendrá que enfrentar en las instituciones educativas, el atraso en las demás disciplinas, todas subordinadas a la lectura.

Un asunto neurálgico que se atacaría también, es la impotencia del estudiante frente a las pruebas de Estado³ y a los exámenes de admisión de las universidades. Para ningún terrícola es un secreto que muchos estudiantes no logran buenos puntajes por carecer de elementos cognitivos para comprender lo que tienen escrito ante sus ojos. Así dominen la carpintería o la mecánica, para resolver una operación matemática la dificultad llega cuando son incapaces de inferir el tipo

¹ Según el artículo 6 de la Ley General de Educación en Colombia, Ley 115, la comunidad educativa está conformada por estudiantes o educandos, educadores, padres de familia o acudientes de los estudiantes, egresados, directivos docentes y administradores locales.

² SABER: Sistema Nacional de la Evaluación de la Calidad de la Educación. Resultados de la Evaluación en Colombia, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, agosto de 2003, CD Rom

³ Las pruebas de Estado en Colombia y algunos países de América Latina son aquellas que presentan los estudiantes cuando terminan su ciclo secundario y aspiran a continuar estudios superiores. La última reforma que se hizo a esta prueba en Colombia tiene un gran énfasis en comprensión lectora.

de operación que les está planteando un enunciado en particular. Esto en lo relacionado con asuntos donde debe intervenir el pensamiento lógico-matemático, ni hablar del dominio de la lectura y la escritura en temas relacionados con el arte y las ciencias humanas y sociales; ahí, se toca fondo.

Otro aspecto más, que podría entrar a solucionar un proyecto coherente y consecuente con los avances de la promoción de la lectura, sería el de la insatisfacción de niños y jóvenes respecto a los métodos empleados para acercarlos a la palabra escrita. Proponer acciones de corte lúdico, con temas afines a sus sueños e ideales, sin ataduras y deudas con arcaicos métodos impositivos, puede salvar a la lectura de la apatía en la que la tienen sumida la mayoría de pobladores de América Latina.

Otra razón que justifica la realización del proyecto, tiene que ver con la escasa participación de la comunidad estudiantil en la vida escolar, Las instituciones educativas presentan la particularidad de contar con una población de niños y adultos que trabajan en común, que viven juntos una gran parte de la semana, pero donde siendo mayoría los niños, los adultos ostentan la totalidad del poder: el saber, la organización, la evaluación y las decisiones. Y a pesar de que hoy día hay algunas escaramuzas para compartir el poder, a raíz de la participación de los niños en instancias como la personería y el gobierno escolar, esta cultura institucional se mantiene. El proyecto ofrece la posibilidad de que los alumnos asuman algunas responsabilidades en las actividades que implican las diferentes acciones que se planteen.

¿Qué es entonces un proyecto de promoción de la lectura?

El proyecto es un documento en el cual se consigna una serie de acciones, en este caso relacionadas con la promoción y animación a la lectura, con el fin de solucionar unos problemas previamente detectados en este sentido; por ejemplo, los bajos índices lectores en los estu

diantes y padres de familia e, inclusive, avergüenza reconocerlo, en algunos educadores.

El documento lo constituye un sinnúmero de apartados. Se dice que es un vestido que tiene la cantidad y variedad de adornos adecuados a la fiesta que se asista. Si va para una entidad privada internacional, tendrá unos arabescos distintos que si va para una entidad oficial; lo mismo ocurre cuando va para un organismo de corte académico, sus adornos tendrán unas variables respecto al que queda para interpretación de una comunidad educativa determinada.

A mi modo de ver, el proyecto de promoción de la lectura de la institución escolar debe ser lo más completo posible, de tal manera que en un momento dado permita que de él se desprendan proyectos menores o subproyectos —como los he venido llamando en los talleres de formación a educadores—, que puedan ser presentados a entidades nacionales e internacionales determinadas con anterioridad en la formulación del mismo.

Considero que la columna vertebral del proyecto institucional de promoción de la lectura la constituyen el diagnóstico, los objetivos, las estrategias de acción (o actividades propuestas) y la evaluación. De su cuidado, buena formulación y elección de los responsables, depende su triunfo o su fracaso. El problema, entonces, no es elaborar el proyecto, para ello existen libros y manuales⁴ y un conocimiento mínimo el entorno. La mayor dificultad radica en lograr el consenso y asumir responsabilidades acordes con las fortalezas y proyectos de vida de cada uno de los educadores; si esto se logra, todo está salvado. Inclusive es bien importante que las responsabilidades sean claras y quede plasmado en el papel hasta dónde van, pues esto permite que la labor sea continuada por otra persona en caso de ausencia de la primera. En ese

⁴ Ver: Luis Bernardo Yepes Osorio, Elaboración de proyectos institucionales de promoción de la lectura, Medellín, Comfenalco Antioquia, Colección Fomento de la Lectura (4), 2002, 92 p.

sentido, el proyecto no quedará "cojo" en su formulación para ser puesto en marcha en el periodo acordado, que suele ser de un año. Es importante aclarar que el proyecto debe reformularse permanentemente de acuerdo con logros y fracasos presentados en su ejecución, de tal manera que se haga perdurable, pues se pretende que un proyecto de esta naturaleza tenga permanencia en la vida escolar. Se suele recomendar que las instituciones lo evalúen cada semestre, como mínimo, y lo reformulen cada año.

Prioridad uno A

El proyecto debe procurar, en primer lugar, permitir el acceso a los libros. Ojalá las instituciones educativas pudieran contar, al menos, con dos libros por estudiante; libros significativos, actuales y de calidad, diferentes al texto escolar que suelen imponer algunas instituciones. Sin libros, el proyecto carece de fundamento, y por más acróbata que sea un profesor como animador, sin materiales de lectura su labor quedará inconclusa, a menos que se tope con un estudiante que viva en un hogar con libros, pero esa es una suerte que no siempre se va a tener, y es mejor no dejar nada al azar.

Para lograr el éxito en un proyecto de promoción de la lectura, además, se debe tener en cuenta que hay educadores desactualizados que transmiten año tras año discursos pedagógicos vetustos, impidiendo así el avance del conocimiento o avanzando en contravía del progreso, lo cual los convierte en un obstáculo para el desarrollo del proyecto. Para detectarlos basta observarlos, casi siempre emplean el mismo texto escolar y solicitan las lecturas de los mismos libros. Con ellos se requiere paciencia y precaución. Por fortuna, en un proyecto se pueden plantear muchas estrategias. En este caso es importante considerar estrategias como la realización de seminarios y talleres de promoción y animación a la lectura, con personas o instituciones de prestigio,

para que provean de herramientas conceptuales, prácticas y actualizadas a los docentes, con el fin de que pasen a ocupar el puesto de protagonistas que les corresponde por obligación.

Promoción y animación a la lectura: acciones para un proyecto

La promoción de la lectura brinda otra serie de acciones macro que la escuela puede asumir a la luz de sus falencias. La creación de una biblioteca escolar, la vinculación de un bibliotecario, la aplicación de recursos tecnológicos, la organización de ferias del libro, el préstamo de materiales de lectura para el hogar, y los bazares del libro y la lectura, entre otras, son acciones que permiten resolver un problema global y coyuntural de la institución.

Entre tanto, la animación a la lectura ofrece acciones que permiten crear un vínculo entre los materiales de lectura y el público o individuo que se tiene al frente, con el fin de crear empatía por la palabra escrita y mostrar, por medio de la lectura en voz alta, esencialmente,⁵ que leer es un acto placentero. Por lo tanto, estas actividades tienen como condición la gratuidad, nada de pedir nombres de personajes, resúmenes insulsos o acartonados análisis. Por eso se han creado el *Cuarto de hora de lectura diaria*, *La hora del cuento*, *Oír leer y los Juegos literarios*,⁶ por citar sólo las acciones más empleadas. En ellas debe

⁵ También se pueden emplear la lectura silenciosa y la narración. Esta última no suelo recomendarla, pues uno de los propósitos de la animación a la lectura es el de relacionar a un público determinado con la arquitectura de la palabra escrita y considero que la manera más directa de lograrlo es la primera.

⁶ Si se quiere tener información más detallada de este tipo de acciones, ver: *Animación y promoción de la lectura: consideraciones y propuestas*, Juan Pablo Hernández Carvajal (editor), Medellín, Comfenalco Antioquia, Colección Fomento de la Lectura (3), 2004, 238 p.

primar un buen libro, de calidad e impacto, y para desarrollarlas es importante contar con educadores lectores, intuitivos, conocedores de libros y con capacidad para acertar en el gusto o necesidad de un grupo de estudiantes o padres de familia, grupo que casi siempre es voluminoso.

De unas y otras acciones requerirá el proyecto de promoción y animación a la lectura. Por suerte, las instituciones reúnen todos los perfiles necesarios en sus educadores, y cuando se trate de escuelas que cuenten con un sólo educador, se debe solicitar ayuda a los padres de familia más allegados. No existe otra alternativa para entregar una respuesta colectiva a un problema comunitario.

Golondrinas sin primavera

Hasta donde se tiene información, en la mayoría de instituciones escolares, son uno o dos los educadores interesados en romper esquemas que consideran o intuyen obsoletos. Continuamente asisten a seminarios, talleres y aulas de las universidades con la esperanza de adquirir herramientas que les permitan hacer más fructífera su labor con los estudiantes y demás integrantes de la comunidad educativa.

Estas golondrinas, con el conocimiento que poseen, luchan incansablemente cada día de su vida con el fin de lograr ambientes mejores, métodos mejores, es decir, con el propósito de conseguir una primavera perpetua. Con ello, en la mayoría de los casos, se ganan enemigos resentidos, inviernos perennes difíciles de aplacar.

En algunas ocasiones, es la golondrina la culpable de sus inviernos, de sus enemigos. Su incapacidad para liderar procesos, para proponer el vuelo de los otros, su escaso carisma y la carencia de información y de métodos para aglutinar los saberes de los demás, la dejan en una posición de soledad y responsabilidad que terminan por reventarla.

Por todo esto se vuelven peregrinas de institución en institución sin encontrar su nido, sin encontrar su primavera.

Aquí el proyecto se hace necesario, ayuda. Es el escenario propicio para planear el vuelo de todos y cada uno. Para que todos triunfen en su cometido.

Superar el individualismo

El proyecto de promoción de la lectura se hace para que la escuela triunfe en el propósito de formar estudiantes lectores, de afirmarles su gusto por la lectura, de lo contrario no tiene sentido su formulación y ejecución. Sin metáforas, y de manera muy directa, el pedagogo Maurice Vergnaud⁷ dice que "la escuela, como tantas otras instituciones, se inscribe en una estrategia de proyecto y que su dinámica está en la acción y su acción no encuentra pleno sentido más que en su éxito". De ahí que la formulación de un proyecto que eleve los índices de lectura de los estudiantes, plantee una serie de acciones que sin el concurso de todos es imposible llevar a feliz término; por tanto, el éxito depende de todos y cada uno, sin excepciones.

El proyecto tiene que ver con muchos asuntos. No sólo están en juego las desdichas, que compartidas se hacen menos pesadas; también está el manejo de aportes, medios y posibilidades colectivas, que asumidas y pensadas entre todos, pueden tener mayor rentabilidad e impacto en una institución. La idea es aprovechar que la escuela es un conjunto de personas, procesos y recursos materiales y de conocimiento e información, estructurada y organizada de manera deliberada para cumplir con la tarea de educar. Al igual que todas las organizaciones,

⁷ Maurice Vergnaud, "El espíritu de Proyecto Educativo Institucional", en: *Simposio Permanente sobre Educación, VI Seminario General Nacional, Venecia - Antioquia, Cooperativa de Caficultores / Fundación Berta Martínez de Jaramillo, 2000, p. 2.*

la escuela es una invención cuyo propósito es superar las limitaciones individuales de hombres y mujeres, lo cual las hace óptimas para desarrollar trabajo en equipo; para ello es necesario superar el egoísmo y dejarse llevar por el espíritu de la ley 115 colombiana, Ley General de Educación, la cual es un ejemplo que invita al desarrollo de ideales comunitarios, nacionales y regionales.

Se pretende con el proyecto de promoción de la lectura, al igual que con cualquier otro, crear una nueva relación de trabajo donde se, plantee una construcción colectiva, en la cual imperen la comunicación y el intercambio de logros, fracasos y soluciones. En nuestro ejercicio profesional se ha podido observar que esto es posible, ya que el proyecto dinamiza a los educadores haciéndolos emplear todas las reservas de energía, de iniciativa, de invención y de entusiasmo no utilizado o ignorado en la práctica tradicional.

Hay que darles la oportunidad a los educadores de que aprecien el trabajo en equipo, al que durante años algunos han puesto trabas, so pretexto de la autonomía y la libertad individual de enseñanza; sin embargo, los problemas permanecen sin solución y jamás se solucionarán con ideales individualistas. El proyecto es una propuesta socialista dentro de la institución, y busca aunar los esfuerzos de todos para articularlos en una gran idea, con el fin de salir a defender una propuesta pedagógica concreta.

Esta forma de trabajo merece unos años de oportunidad, si fracasa tiempo habrá para inventar otras propuestas. Pero en este momento histórico, en el cual el educador trascendió el aula de clase y descubrió que además de ser buen pedagogo debe ser gestor, consultor, consejero, dinamizador cultural y un sinfín de cosas más, es fundamental darle la oportunidad para que, con la ayuda de otros, salve las limitaciones propias del ser humano y haga un aporte a partir de las virtudes con que la naturaleza lo dotó.

En ese orden de ideas, el proyecto deja de ser la imposición de unas elucubraciones escritas en unas hojas correctamente mecanografiadas y empastadas, y se convierte en la expresión de una voluntad colectiva.

Un proyecto en relación con otros proyectos escolares

La pregunta que necesariamente surge es: ¿cómo articular un proyecto de promoción de la lectura a los diferentes proyectos que les exigen a las instituciones educativas?

En Colombia, por ejemplo, por disposición legal, todas las instituciones escolares deben contar con un Proyecto Educativo Institucional, PEI, el cual funciona como una herramienta que da orden y coherencia al desarrollo educativo de la institución. Entre otras cosas, debe responder a situaciones y necesidades de los educandos y la comunidad educativa en general. La ley recomienda, además, que sea concreto, factible y evaluable.

Desde sus características, se puede apreciar que en nada impide el desarrollo de ningún proyecto en particular; todo lo contrario, invita, con su propuesta de flexibilización, a que se articulen todas las necesidades que el ambiente y entorno escolar consideren conveniente. En el PEI, entonces, tienen cabida todas las iniciativas relacionadas con la vida académica: lo ecológico, lo social, lo artístico, lo científico y, por supuesto, el fomento de la lectura. Inclusive, existen proyectos menores, conocidos como *proyectos de aula*, que formulados de manera prudente tienen cabida en el proyecto maestro de la institución. Cuando se hace alusión a bien formulados, se quiere decir que tengan la universalidad suficiente para ser comprendidos y adaptados a diversas situaciones, sin caer en la minucia en el momento de plasmarlos en el documento.

Lo anterior quiere decir que el proyecto de fomento de la lectura es una arista más del proyecto pedagógico de cualquier institución educativa.

Antagonistas

En primer lugar, es importante tener presente que los proyectos son momentos de sueños, de búsqueda, de anhelos. En ningún momento ingresan en el terreno de la sumisión, que no es otra cosa que la aceptación del fracaso. A menudo surgen despotricadores baratos y pesimistas que argumentan, sin mucho oficio, la inutilidad de los proyectos. Para ellos este tipo de propuesta no tiene sentido.

En segundo plano, es bueno aclarar que cuando se plantea el diseño de un proyecto, en ningún momento se pretende que todos los educadores de una institución piensen igual, éste sería un mal mayor. Lo que se quiere es que, con los aportes de todos, se construya una propuesta en la cual los estudiantes no sufran el rigor de las incoherencias y los desgarramientos que producen los desacuerdos, la falta de criterios y la escasez de recursos metodológicos en los procesos de formación lectora en poblaciones neolectoras. El proyecto sería innecesario si cada una de las estrategias, que por separado suelen tener los educadores para formar a los estudiantes como lectores, consiguiera su cometido. El asunto es que en la actualidad las propuestas institucionales están llenas de contradicciones y, en su mayoría, dejan a los estudiantes sumidos en la confusión y el desgano.

Tres protagonistas

Es imposible poner en marcha las estrategias de acción de un proyecto sin la participación de los educadores, y, teniéndolos en contra, ni siquiera se llega a la formulación del mismo. Por consiguiente, aunque resulte pesado y difícil, es necesario procurar su voluntad y em-

plear el poder de la persuasión ayudados con la razón y el estudio, para lograr su participación como protagonistas de primer orden. Esto se consigue siempre y cuando se respeten sus fortalezas individuales y las opciones personales que a bien tengan disponer para sacar adelante el proyecto.

En lo que se refiere a proyectos institucionales, es importante resaltar el papel del rector o director de la institución. Su triunfo no está dado por el éxito que tenga el proyecto dentro del establecimiento, habida cuenta que éste es un éxito a la vez colectivo e individual para cada quien. El triunfo del jefe del plantel está en su eficacia para lograr que se adopte como una realización colectiva. Él debe proponer, impulsar y valorar la contribución permanente del proyecto, su participación en este sentido es fundamental. En nuestro medio, el aporte de la mayoría de los rectores en el liderazgo de los proyectos ha sido lamentable. Les corresponde a los líderes golondrina y a otros, incentivar a los rectores para que asuman el papel que les corresponde, al fin y al cabo, muchos de ellos deben empezar a saldar la deuda que tienen pendiente con la comunidad escolar.

El otro protagonista es el alumno, su triunfo como lector es lo que importa, en última instancia. Así muchas estrategias estén dirigidas a la familia y su entorno, lo único que se busca es un ambiente lector para el alumno, que es el objetivo final de las estrategias planteadas en el proyecto. Si terminada su estadía temporal en la institución se hace lector, el proyecto habrá tenido sentido, de lo contrario la deuda sigue en pie.

Apreciaciones para un final

No se trabaja por trabajar, sino para tener éxito, para resolver o solucionar problemas, para ganar. El lugar de los perdedores hace parte de otra historia. Quienes asuman el diseño y ejecución del proyecto con convicción y no para cumplir una norma, aspiran a triunfar. Sin embargo, nadie está libre de la derrota, por eso, fracasado o exitoso, el

proyecto debe conducir a una nueva acción o a otras acciones, a menos que los comprometidos sean incapaces de reconocer la derrota afirmando con ello su debilidad e incapacidad. Si es así, no hay nada que hacer, sólo resta bajar el telón y emprender la huida.

El proyecto puede ser el principio del fin de la atomización. Es importante acabar con esta calamidad que se inicia en las asignaturas y pasa por los cuadernos, los profesores, los horarios y los espacios, hasta llegar a la mente del estudiante proyectándole un universo fragmentado. El proyecto permite tener una coherencia y un universo lector completo para que el estudiante lo viva en todos los espacios, en todos los formatos y en todas las miradas.

Lo ideal es lograr el proyecto institucional, coherente y concertado. Si esto se da, se puede aspirar a un proyecto barrial, que permita a los niños que viven como nómadas de casa en casa y de barrio en barrio, continuar, sin desgarramientos, su proceso lector. El paso siguiente será el proyecto de ciudad o municipal, aquel que obligue a sus administraciones a invertir unos recursos exclusivos para la creación de ambientes lectores en todos los rincones, para que tengamos la ocasión de ser menos ruines en nuestras ciudades. Logrado el proyecto de ciudad o municipal, se debe aspirar al departamental, el que permita el encuentro de las ciudades o municipios en torno a situaciones lectoras y que ponga su mirada en los más desprotegidos, de tal manera que superado el individualismo podamos tender manos lectoras en auxilio de quienes pueden rezagarse sin nuestra ayuda. El paso siguiente será el diseño y ejecución de un proyecto nacional de lectura, que posibilite la creación de políticas a favor del libro, la lectura y las bibliotecas; unas políticas que consideren la lectura en sus presupuestos de paz y convivencia. Pero el asunto no debe parar aquí, el reto es llegar a un proyecto latinoamericano de promoción de la lectura, que les permita a nuestras naciones aunar esfuerzos, voluntades y saberes en torno a un objetivo que nos puede sacar de la ignominia. Si esto se hace, ha-

brá, aparte de los recursos locales que se puedan captar, recursos internacionales para sacar a nuestros pueblos del atraso y la pobreza. Como pueden observar, los proyectos son un asunto de anhelos, por ello debemos iniciar hoy mismo el camino.

En últimas, los educadores tendrán que asumir el diseño consciente del proyecto institucional, pues sin éste, no hay para la escuela, como para toda institución, ni vida auténtica, ni adaptación que permita la supervivencia. La escuela en su conjunto y cada establecimiento en particular, son una empresa humana que no tiene futuro sin proyecto, dijo Vergnaud.⁸ Elaborarlo es una urgencia, pero hacerlo unidos, todos al unísono, de lo contrario, tendríamos que asumir la frase del libertador Simón Bolívar: "No es que el enemigo del norte sea más fuerte, es que nuestra propia desunión nos va a acabar".

Ponencia presentada en el IV Seminario "Bibliotecas para el público: trascendencia de la lectura", Santiago de Chile, Colegio de Bibliotecarios de Chile, mayo de 2003 (actualizado en agosto de 2005).

⁸ Vergnaud, Op. cit.

Este libro se terminó de imprimir
en marzo de 2008 en
Todográficas Ltda, Medellín Colombia
todograficas@une.net.co

Luis Bernardo Yepes Osorio

Colombiano. Bibliotecólogo y Especialista en Gestión Pública. Ha estado vinculado a la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, a la Red de Bibliotecas del Municipio de Medellín, a la Fundación Ratón de Bibliotecas y, en calidad de profesor a la Universidad de Antioquia, Ha sido además ponente en eventos nacionales e internacionales. Actualmente es coordinador del área de Fomento de la Lectura del Departamento de Cultura y Bibliotecas de Comfenalco Antioquia, y es candidato a Doctor en la Universidad Carlos III de Madrid. Es autor de los libros *La promoción de la lectura: conceptos, materiales y autores* y *Elaboración de proyectos institucionales de promoción de lectura*, de los cuentos infantiles *Bolas en el cielo* y *El señor del paraguas*. Artículos suyos aparecen publicados en revistas especializadas de España, México, Argentina, Chile, Costa Rica y Colombia